

## *Comprobar antes el resultado*

Lo hacen siempre los ingenieros: cuando se ha presentado un proyecto de máquina, por muy bueno que sea sobre el papel, nunca se lanzan a fabricarlo en serie sin antes probarlo. Una cosa es lo que sobre el papel habría de suceder y otra cosa es lo que de hecho pasa sobre el suelo. Porque no es posible al inventor captar absolutamente todos los elementos, a veces casi imperceptibles dentro de la complejidad de las cosas singulares, elementos que, actuando en la realidad, a veces disminuyen o hasta malogran, lo que en teoría ofrecía grandes ventajas. No precisamente porque la teoría sea falsa, sino por incompleta; por no haber podido abarcar dentro de su abstracción todo lo real.

Precisamente porque la comprobación es necesaria, se hace el ensayo en un prototipo, en el cual suelen descubrirse defectos o fallos antes desapercibidos. Después de aceptar el plano de un tipo nuevo de automóvil, sólo se construye un prototipo o pocos ejemplares. Estos ruedan sobre las carreteras miles y miles de kilómetros. Finalmente la comprobación decide: sí o no se aplicará aquella teoría para fabricar en serie todos los demás.

Y me pregunto: tantos profetas y renovadores, como se nos están presentando constantemente, ¿no podrían antes comprobar el resultado de sus teorías revolucionarias, y sólo proponérmolas después de comprobada su eficacia?

Pero suele suceder al revés: suelen ponerse impacientes, y para lograr su propósito exigen que se les dé crédito sin más, a título de «lo moderno», «el progreso», o «ser abiertos», como si ellos precisamente tuvieran la patente en exclusiva de todo progreso, o como si toda abertura tuviera que ser buena, o como si todo lo moderno por el mero hecho de ser moderno tuviera que ser mejor. En realidad convendría una previa comprobación en silencio, sin estruendo publicitario, larga y paciente, hecha a pequeña escala, allí donde no se aventure mucho, antes de perder inadvertidamente el tesoro que ya se tiene, por un proyecto, todavía no comprobado, de algo que quizá sólo en apariencia es mejor.

Tomemos a modo de ejemplo una nación: Francia, donde tan frecuentemente se lanzan innovaciones (algunas magníficas, bien logradas, que luego recoge la Iglesia universal) y también otras, que salen

fallidas, y sólo dejan tras su paso confusión y desgan. ¿Cuál es la situación actual del catolicismo en Francia? Copiamos de una revista la siguiente estadística (Le Monde et la Vie, n. 144, mayo 1965, pág. 22): «El número de enero de 1965 de la revista *Missi*, titulado *La Iglesia en Francia* da los informes siguientes: población de Francia: 50 millones; bautizados: 40 millones; cumplen con Pascua: 15 millones; practican regularmente: 10 millones. En lo que concierne a las vocaciones religiosas, esta revista indica además: entre 1900 y 1960, sobre 10.000 jóvenes de 25 a 29 años, el número de vocaciones ha caído de 52 a 21; el destino a misiones, para cinco grandes institutos misioneros, ha caído de 150, en 1961, a 60, en 1964. Por esto el Director del Centro nacional de vocaciones ha podido decir que en lo que concierne a las vocaciones, hay en Francia la crisis más grave desde hace 150 años. Por otra parte, entre 1959 y 1963, el número de religiosas ha bajado de 123.492 a 117.360» (es decir, 6.132 menos, en cinco años).

Ante esta estadística uno se pregunta: ¿no podríamos ensayar ahí los nuevos métodos que se pregonan, y sólo difundirlos después de comprobar que los 10 millones de paganos sin bautizar ya se han acercado al bautismo?

Sin embargo todos recordamos perfectamente lo que sucedió hace unos pocos años, cuando se inició el apostolado llamado de los «sacerdotes obreros». ¿Por qué no iniciarlo en silencio, en plan de comprobación experimental, antes de lanzar las campanas al vuelo? Más aún, ¿por qué extenderlo tanto, y por qué presentarlo como si fuera el medio universal y salvador, antes de asegurarse del resultado de la comprobación? Sin embargo, repase cualquiera que quiera comprobarlo, las revistas españolas de estos últimos años: las encontrará repletas de afirmaciones tajantes de que esa innovación era el medio providencial y salvador; que los que se oponían a él eran intransigentes, anticuados, opuestos al progreso del mañana. Pasan unos años, se comprueban las estadísticas ¿y qué? ¿cuántos millones de almas se han ganado para Cristo? ¿y cuántas se han perdido en el nuevo procedimiento? ¿por qué, pues, no hubo un poquito más de moderación y calma, antes de tanto estruendo publicitario, si había al fin que llegar a un resultado tan distinto de aquel que se nos anunciaba y que se nos exigía a todos admitir a ciegas so pena de pasar como intransigentes? Hasta las mismas cautelas con que la Iglesia actualmente ha permitido un nuevo ensayo, manifiestan que la primera vez habrían podido ser más prudentes.

Otras veces la innovación ha ido por otros caminos: por ejemplo el de las ideas. Con el pretexto de comprender lo bueno que hay en otras mentalidades, en otras filosofías, en otros credos, lo que en realidad hacen es algo muy distinto: alabar tanto lo bueno que en ello creen ver, y olvidar tanto lo malo que en ello hay, que ya no jerarquizan, como si los errores no tuviesen importancia (o la tuvieran mínima), y como si cualquier atisbo bueno (aun insignificante) tuviera gran importancia; con lo cual sucede que lanzándose por la moda de cada momento, sin comprobar el resultado de un sistema filosófico o

de nuevas actitudes teológicas, arrumban inconscientemente, como haría un niño, una tradición de siglos. Pero ¿cuáles son los resultados? ¿han infundido la concepción cristiana en los ambientes paganos, o bien han paganizado los ambientes cristianos?

Otro caso, sumamente significativo de estos ensayos que a veces se lanzan sin previa comprobación, es el de la libertad religiosa: «¡Oh, si hubiese una total libertad religiosa! ¡cómo se convertirían todos a la Iglesia!» Pero muy sagazmente observaba a este propósito el eminente teólogo Rdo. P. Francisco Segarra, S. I., en un reciente artículo sobre libertad religiosa, que en tiempo de la república española había una tal libertad religiosa, y sin embargo ¿se observó verdaderamente el resultado que ahora pregonan, o el contrario?

No es preciso citar más ejemplos. Los casos que se podrían aducir son abundantísimos, tantos, que es sumamente difícil hasta catalogarlos. Los hechos son que con frecuencia perdemos los más firmes valores, olvidamos los mayores tesoros del cristianismo, con cualquier moda intelectual o ascética, o con el prestigio de cualquier mito que nos hemos lanzado a entronizar antes de comprobar su consistencia. ¿No valdría la pena que antes de lanzar al vuelo maravillosas recetas a través de la publicidad, se comprobase su resultado? ¿no valdría la pena que primero llevasen a la Iglesia a estos diez millones de paganos, sin bautizar, que roen como un cáncer el corazón cristiano de Francia, y después de comprobada la eficacia de los nuevos procedimientos nos los diesen para que los imitésemos?

Alguna vez he oído una tímida contestación: «para comprobar el resultado de un procedimiento nuevo, hay que esperar un siglo o dos y lanzarlo en gran escala». Muy bien. Y con esto se sangran en salud porque dentro de dos siglos ninguno de nosotros vivirá para recriminarles el mal resultado de su maravillosa receta. Viene al pensamiento el caso aquél de un hombre muy listo que hizo un pacto con un monarca de la dinastía española, de que enseñaría a un loro a leer: entretanto el monarca lo mantendría en palacio, y si no lograba su resultado sería castigado a galeras. ¿Cómo pudo usted hacer tan temerario contrato? — le objetó uno. ¿No piensa usted, replicó, que entretanto o habré muerto yo, o el loro, o el rey?

Quizá convendría que tuviésemos presente el cuento del loro y ante tantos innovadores y profetas del futuro, nos preguntásemos una y otra vez: ¿y si comprobásemos antes el resultado?